

en el fondo para que los vasos no se caigan en el suelo; necesito un hornillo construido exprofeso; un cubilete con tres divisiones para los diferentes grados de fuerza que debe tener la cola, segun se la emplea en la madera, en el papel ó en la tela; una cuchilla para cortar el carton, un molde para dar forma á las piezas y un martillo para clavar aceros, pinceles y demonios. ¡Todo esto para ganar un ruin jornal y trabajar catorce horas!

Hablando de este modo, Jondrette no miraba al señor Blanco, que le estaba observando, que tenia fijos en él los ojos y que no perdía de vista la puerta del desvan.

De repente las apagadas pupilas de Jondrette se iluminaron con horrible fulgor; se enderezó y, á pesar de su baja estatura, apareció formidable; dió un paso hácia el señor Blanco y le gritó con voz de trueno:

—No se trata de nada de esto: ¿me conoceis?

XX.

La emboscada.

Acababa de abrirse bruscamente la puerta de la madriguera y aparecieron en ella tres hombres con blusas azules, que se cubrian la cara con caretas de papel negro. El primero de ellos era flaco y llevaba un garrote largo y claveteado; el segundo era un coloso y cogía con la mano por el medio del mango una cuchilla de las que se destinan para matar bueyes; el tercero, fornido de hombros, menos flaco que el primero y menos macizo que el segundo, empuñaba una llave enorme, quizás robada de la puerta de alguna cárcel.

Jondrette esperaba sin duda que vieran aquellos hombres. Entabló el siguiente rápido diálogo con el enmascarado del garrote:

—Está todo preparado?

—Sí.

—Dónde está Montparnasse?

—El primer galan se paró á hablar con tu hija.

—Con cuál?

—Con la mayor.

—Está bajo el carruaje?

—Sí.

—Está enganchada la carraca?

—Sí.

—Con dos buenos caballos?

—Excelentes,

—Espera en el punto que yo dije?

—Sí.

—Está bien, contestó Jondrette.

El señor Blanco estaba lívido. Examinaba todo cuanto veía en la madriguera, como el hombre que comprende que ha caído en un lazo, mirando á todas partes, pero sin que el miedo se apoderase de él. Formó tras de la mesa improvisado atrincheramiento, y así como momentos antes ofrecía el aspecto de un anciano bonachon, se habia convertido ahora en una especie de atleta y apoyaba el robusto puño sobre el respaldo de la silla, con gesto temible y sorprendente.

El padre de la mujer á quien amamos no es nunca un extraño para nosotros, y Mario se sintió orgulloso al verle en aquella actitud.

Tres de los cuatro hombres que dijo Jondrette que eran carboneros tomaron cada uno del monton de las herramientas unas tijeras de cortar metales, la barra de una romana y un martillo, y se colocaron silenciosamente delante de la puerta. El más viejo se quedó sentado sobre la cama y abrió los ojos. La mujer de Jondrette se sentó al lado de éste.

Mario, creyendo ya muy próximo el momento en que debía intervenir, levantó la mano derecha hácia el techo, en la direccion del corredor y preparado para soltar el tiro.

Cuando acabó de hablar Jondrette con el hombre del garrote, se volvió hácia el señor Blanco y repitió la pregunta anterior, acompañada de la risa baja, contenida y terrible que le era peculiar.

—Me conoceis?

—No, le respondió el señor Blanco, mirándole fijamente.

Jondrette se acercó á la mesa. Inclínose por encima de ella, cruzó los brazos, aproximó la mandíbula angulosa y feroz al rostro tranquilo del señor Blanco, avanzó cuanto pudo, sin conseguir que éste retrocediera, y en aquella postura de fiera que vá á morder, le gritó:

—No soy Fabantou ni soy Jondrette. Me llamo Thenardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil!... Ois claro? ¡Soy Thenardier! Me conoceis ahora?

Rubor imperceptible pasó con rapidez por la frente del señor Blanco; pero contestó con su natural afabilidad, sin temblarle la voz y sin levantarla:

—Tampoco.

Mario no oyó esta respuesta. Se quedó atontado, estúpido, como herido por un

rayo. En cuanto oyó que Jondrette dijo que se llamaba *Thenardier*, se estremeció y tuvo que apoyarse en la pared, como si hubiese sentido que le atravesaba el corazón el frío de una espada. Su brazo derecho, dispuesto á hacer la señal convenida, se bajó lentamente, y cuando Jondrette repitió: *Ois claro? ¡Soy Thenardier!* casi cayó la pistola de su mano desfallecida. Jondrette, al descubrirse, no conmovió al señor Blanco, pero trastornó á Mario. Recuérdese lo que dicho apellido significaba para él; dicho apellido, escrito en el testamento de su padre, lo llevaba grabado en el corazón, en el pensamiento y en la memoria. No olvidaba jamás que un *Thenardier* salvó á su padre la vida y que éste le encargaba que hiciese cuanto pudiera por aquel. El salvador de su padre, que tanto tiempo buscara en vano, se le aparecía de repente, ¿y cómo? como un horrible bandido, como un monstruo. El libertador del coronel Pontmercy iba á cometer un atentado, cuya forma no entreveía Mario con claridad, pero que probablemente terminaria en un asesinato, ¿y un asesinato de quién? Gran Dios! ¿Qué burla tan amarga de la suerte!... Su padre le mandaba desde el fondo del ataúd que hiciese á *Thenardier* todo el bien posible; Mario, durante cuatro años, tuvo la idea fija de solventar esta deuda de su padre, y en el instante de intervenir para que la justicia se apoderara de un criminal en el acto de cometer el crimen, el destino le gritaba: ¡Es *Thenardier!* Iba á pagar la salvacion de la vida de su padre en el campo heroico de Waterlloo con el cadalso del salvador. Se habia propuesto, cuando encontrase á *Thenardier*, arrodillarse á sus piés; y le encontraba por fin, pero era para entregarlo al verdugo. Su padre le dijo: ¡Socorre á *Thenardier!* y él le contestaba destruyéndole. Qué irrisión! ¡Llevar tanto tiempo en el pecho la última voluntad de su padre, escrita por su misma mano, para hacer horriblemente todo lo contrario!

Pero ¿cómo podia presenciar aquel asesinato premeditado y no impedirlo! ¿Había de condenar á la víctima y salvar al asesino? ¿Merecía gratitud semejante miserable? Trastornaba el pensamiento fijo de Mario durante cuatro años este golpe inesperado. Temblaba. Todo dependía de él; tenia en la mano la suerte de todos aquellos seres sin que ellos lo recelasen. Si disparaba la pistola, salvaba al señor Blanco y perdía á

Thenardier; si no la disparaba, sacrificaba al señor Blanco y podia acaso salvarse *Thenardier*. Precipitar al uno ó dejar caer al otro le causaba en ambos casos remordimiento. Qué iba á hacer? ¿qué partido elegir? ¡Faltar á sus imperiosos recuerdos, á los sagrados compromisos contraídos consigo mismo, al más santo deber, al texto que más veneraba, al testamento de su padre, ó dejar que se consumase un crimen! Por una parte creía oír á Ursula, que le suplicaba que salvase á su padre, y por otra parte le parecía que le hablaba el coronel, recomendándole á *Thenardier*. Estaba loco, se le doblaban las rodillas y no tenia tiempo para deliberar, porque la escena que presenciaba iba á llegar con rapidez furiosa á su desenlace. El torbellino que creyó manejar le arrastraba. Estuvo á punto de desmayarse.

Entre tanto *Thenardier*, á quien ya no nombraremos de otra manera, se paseaba por delante de la mesa como extrañado y frenético por su triunfo.

Cogió el candelero y lo puso sobre la chimenea con golpe tan violento, que la vela casi se apagó y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego volvió su rostro espantoso hácia el señor Blanco y vomitó estas palabras:

—Chamuscado! Asado! Mechado!

Después volvió á pasear, entregándose al paroxismo de su venganza satisfecha.

—¡Por fin os he encontrado, señor filántropo, señor millonario raído, señor regalador de muñecas, viejo maricon! ¡Que no me conoceis, decís, y estuvisteis en mi posada de Montfermeil hace ocho años, en la noche de Navidad de 1823, y os llevásteis de allí á la hija de Fantina, la Alondra, y vestíais un leviton amarillento y llevábais un envoltorio de trapos como esta mañana! Parece que tiene la manía de llevar á las casas paquetes de medias de lana. ¿Sois gorrero, viejo caritativo, y regalais á los pobres géneros de la tienda? Este farsante dice que no me conoce. Pues yo sí que os conozco; os conocí en seguida, en cuanto metisteis aquí el hocico.

Dicho esto calló *Thenardier* y pareció como que hablaba consigo mismo. Pudiera decirse que su furor caía como el Ródano en un agujero. Luego, como si terminase de decir en voz alta lo que habia comenzado á decirse interiormente, dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—Con su aire bonachon!

Después, apostrofándole, continuó:

—En otro tiempo os burlásteis de mí y fuisteis el causante de todas mis desgracias. Por mil y quinientos francos adquiristeis una muchacha que me pertenecía, y era hija sin duda de gente rica, porque me había producido mucho dinero, y á su costa podía yo haber pasado sin trabajar toda la vida. Esa jóven me hubiera indemnizado de todo lo que perdí en aquel abominable bodegon, en el que se verificaban grandes francachelas y en el que me he comido mi hacienda como un imbécil. ¡Quisiera que todo el vino bebido en mi casa se volviese veneno para los que lo bebieron! Os debí parecer muy grotesco cuando os fuisteis con la Alondra; pero en el bosque llevábais una cachiporra y érais el más fuerte; ahora lo soy yo. Me he apoderado de los triunfos. Estais cogido, amiguito! Es gracioso este lazo y por eso me rio. Os dije que era actor, que me llamaba Fabantou, que había trabajado con la señorita Mars y que mi casero me despedía si no le pagaba mañana 4 de Febrero, y sois tan babieca que os lo habeis creído y me traéis cuatro miserables luises. Canalla! ¡Ni siquiera habeis tenido valor para darme hasta cien francos! Pero ya habeis caído en el garlito; ya te cogí: esta mañana te lamia las manos, pero esta noche te arrancaré el corazón.

Thenardier calló. Se ahogaba. De su pecho diminuto salía el resuello como del fuelle de una fragua. Sus miradas expresaban la ignoble felicidad de la criatura débil, cruel y cobarde que logra al fin derribar al que ha temido é insultar al que ha halagado; expresaban la alegría del enano que consiguiese poner los piés encima de la cabeza de Goliat; la alegría del chacal que empieza á destrozar á un toro enfermo, bastante muerto para no defenderse ya, pero bastante vivo para padecer aun.

El señor Blanco le contestó:

—No sé qué es lo que me queréis decir. Os equivocais. Soy bastante pobre, estoy muy lejos de ser millonario. No os conozco y sin duda me confundís con otro.

—Ah! ¡Os empeñais en seguir la broma! Pues es inútil. ¿Conque no me recordais? No sabeis quién soy?

—Perdonad, le contestó el señor Blanco con acento cortés, que en aquel momento era extraño y poderoso; perdonad: estoy viendo que sois un bandido.

Los séres criminales tienen sus susceptibilidades, los mónstruos son quisquillo-

sos. Al oír la palabra bandido, la mujer de Thenardier se levantó de la cama y su marido cogió una silla como si tratara de romperla.

—No te muevas, gritó á su mujer.

Volviéndose hácia el señor Blanco, le dijo:

—Así nos llaman los ricos señores. Porque he quebrado, tengo que vivir oculto, me quedo sin poder comer, soy un bandido. Hace tres días que carezco hasta de pan; soy un bandido. Vosotros vivís en piso principal, bien comidos, hartos, bien vestidos, bien abrigados, y cuando queréis saber si hace frío leéis en los periódicos los grados que marca el termómetro del ingeniero Chavalier. Nosotros, nosotros somos los termómetros. No necesitamos ir á la esquina de la Torre del Reloj para ver los grados del frío, porque sentimos la sangre coagularse en nuestras venas y el hielo llegar al corazón, y decimos: No hay Dios! ¡Y vosotros venís á nuestras cuevas á llamarnos bandidos! ¡pero os comeremos, os devoraremos, entes miserables!... Sabed, señor millonario, que yo he sido dueño de un establecimiento, que he pagado contribucion, que he sido elector, que soy ciudadano y que acaso vos no lo seais.

Thenardier dió un paso hácia los hombres que estaban cerca de la puerta y les dijo con acento nervioso:

—¡Este hombre se atreve á venir aquí á hablarme como á un zapatero remendón!

Luego, recrudeciéndose en él el frenesí, continuó, dirigiendo la palabra al señor Blanco:

—Sabed también, señor filántropo, que yo no soy un hombre oscuro, cuyo nombre nadie sabe y que vá á robar criaturas á las casas. Soy un veterano soldado francés, que debiera estar condecorado. Estuve en Waterlío y salvé la vida en esa batalla á un general que se llamaba el baron de Pontmercy. Este cuadro que estais mirando, y que David pintó en Bruselas, me representa á mí. David quiso inmortalizar en este lienzo mi acción heroica. En él llevo en hombros al general y lo saco fuera del alcance de la metralla. Esta es su historia. Ese general nunca hizo nada por mí, porque no valia más que los otros. No por eso dejé de salvarle la vida exponiendo la mia, y tengo de ello certificados. Soy un soldado de Waterlío, y ahora que ya he tenido la bondad de enteraros de esto, concluyamos. Necesito dinero, mu-

cho, muchísimo dinero; si no me lo das te extermino.

Mario, que estaba ya repuesto de su angustia y escuchaba atentamente, vió que acababa de desvanecerse la última posibilidad de dudar. Era aquel, efectivamente, el sargento Thenardier del testamento de su padre. Mario se estremeció al oír que aquel reconvenía como á ingrato á éste, y él estaba también á punto de justificar el desagradecimiento. Esto redobló su perplejidad. Además, había en todas las expresiones de Thenardier, en el acento, en el gesto, en la mirada que hacia brotar llamas de cada palabra; había en la explosion de su naturaleza perversa vista al descubierta, en su mezcla de fanfarronada y de abyeccion, de orgullo y de pequeñez, de rabia y de tontería, en el caos de agravios verdaderos y de sentimientos falsos, en el impudor del malvado que saborea la voluptuosidad de la violencia, en la desvergonzada desnudez de una alma indigna, había, repetimos, algo que era horrible como el alma y doloroso como la verdad.

El cuadro de David, el lienzo magistral, cuya adquisicion propuso Thenardier al señor Blanco, era, como los lectores habrán comprendido, la muestra de su figon, pintada por él mismo, y lo único que salvó de su naufragio de Montfermeil.

Mario contempló el cuadro: Thenardier hizo alusion á él y distinguió entre los brochazos una batalla, con el fondo de humo y un hombre que llevaba á otro á cuestras. Mario estaba como ébrio: el cuadro le hacia en cierto modo el efecto de ver á su padre vivo; no era para él la muestra del bodegon de Montfermeil, era una resurreccion, era una tumba que se entreabria, un fantasma que se levantaba. A Mario le latian las sienes; oía el cañon de Waterlío, veía vagamente pintado en el lienzo siniestro á su padre ensangrentado, que le asustaba, pareciéndole que aquella cara informe le miraba con fijeza.

Cuando Thenardier recobró aliento, clavando en el señor Blanco sus sangrientas pupilas, le dijo con voz breve y baja:

—¿Qué tienes que decir antes de que te emparrillen?

El señor Blanco nada contestó.

En medio del silencio, una voz cascada lanzó desde el corredor este lúgubre sarcasmo:

—Si hace falta partir leña, aquí estoy yo.

Era el hombre de la cuchilla, que se divertía.

—Por qué te has quitado la máscara? le gritó Thenardier enfurecido.

—Para reír, le replicó aquel hombre.

Hacia algunos instantes que el señor Blanco seguía y espiaba todos los movimientos de Thenardier, el que, cegado y deslumbrado por su propia rabia, iba y venía por el cuarto, con la confianza de tener custodiada la puerta, de estar armado contra un hombre desarmado y de ser nueve contra uno, suponiendo que su mujer no se contase más que por un hombre. Al apostrofar al de la maza daba las espaldas al señor Blanco.

Este se aprovechó de aquel instante; rechazó la silla con el pié y la mesa con la mano; de un brinco, con prodigiosa agilidad, antes de que se volviera Thenardier, saltó á la ventana. Abrirla, escalarla y meter una pierna en ella fué para él obra de un minuto. Tenía ya medio cuerpo fuera de la ventana cuando le cogieron seis robustos puños y le volvieron á meter con violencia en la madriguera. Los tres carboneros se arrojaron sobre él, y al mismo tiempo la mujer de Thenardier le asió por los cabellos.

Al oír el pataleo que se armó, acudieron los otros bandidos, que estaban en el corredor. El viejo de la cama, que parecía borracho, se bajó de ella y llegó vacilando, llevando en la mano un martillo de picapedrero.

Mario reconoció á Panchaud en uno de los hombres tiznados, cuyo rostro iluminaba la vela, y vió que levantaba sobre el señor Blanco una especie de cachiporra, formada por dos bolas de plomo en los dos extremos de una barra de hierro.

Mario no pudo resistir este espectáculo.

—Padre mio, dijo para sí, perdóname!

Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. Iba ya á disparar cuando oyó la voz de Thenardier, que gritó:

—No le hagais daño!

La tentativa desesperada de la víctima, en vez de exasperar á Thenardier, lo calmó, porque había en él dos hombres, el hombre feroz y el hombre diestro. Hasta aquel instante, por el desbordamiento del triunfo, ante la presa abatida é inmóvil, le dominaba el hombre feroz; pero desde que la víctima intentó luchar y se movió, volvió á reaparecer el hombre diestro y á dominarle.

—No le hagais daño, repitió.

Estas palabras detuvieron la pistola de Mario, que iba á disparar, paralizándolo su acción, pues éste comprendió que no era ya tan urgente hacer la señal convenida y esperó, quizás abrigando la vaguísima esperanza de que pudiera surgir algún incidente que le librara de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Ursula ó de perder al salvador del coronel.

Se había empeñado lucha hercúlea en el desvan del vecino. El señor Blanco dió al viejo borracho tal puñetazo en la espalda, que le echó rodando en medio del cuarto; con el revés de cada mano tiró al suelo á otros dos de los que le atacaban, á otros dos los tenía sujetos bajo las rodillas, y los miserables se ahogaban bajo tal presión, como si tuviesen encima una rueda de granito; pero los otros cuatro cogieron al terrible anciano por los dos brazos y por la nuca, y le tenían doblegado sobre los dos carboneros que yacían en tierra. Dueño de unos y dominado por otros, aplastando á los de abajo y ahogado por los de arriba, oponiéndose en vano á los esfuerzos de los que se agrupaban sobre él, desaparecía bajo el grupo horrible de bandidos, como un jabalí de quien se apodera una tralla de mastines y de sabuesos.

Consiguieron echarle sobre la cama más próxima á la ventana y allí contuvieron sus esfuerzos. La mujer de Thenardier aun le tenía agarrado por el cabello.

—No te mezcles en esto, la dijo su marido; no quiero que te estropees el pañuelo.

La Thenardier obedeció, como la loba obedece al lobo, lanzando un gruñido.

—Vosotros registradle, dijo Thenardier.

El señor Blanco renunció á oponer resistencia. Le registraron, encontrándole encima nada más que una bolsa de cuero, que contenía seis francos, y el pañuelo. Thenardier se lo guardó en el bolsillo.

—No lleva cartera? preguntó.

—Ni reloj, añadió uno de los carboneros.

—Es igual, replicó con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado, que iba armado con una llave enorme; es un viejo duro de pelar.

Thenardier sacó de un rincón un paquete de cuerdas, que arrojó á sus compañeros.

—Atadle al banquillo, dijo.

Al ver que el viejo permanecía tendido en medio del cuarto á consecuencia del terrible puñetazo que le asestó el señor Blanco, notando que no se meneaba, preguntó:

—Qué está muerto Boulatruelle?

—No, contestó Panchaud; está borracho.

—Pues barredle á un rincón.

Dos de los carboneros le empujaron, llevándole con el pie hasta cerca del montón de las herramientas.

—Babet, ¿por qué has traído tanta gente? dijo Thenardier en voz baja al hombre del garrote; es inútil.

—Todos han querido ser de la partida, porque los tiempos están malos y apenas se hacen negocios.

La tarima en que echaron al señor Blanco era una especie de cama de hospital, que sostenían un par de banquillos de madera, toscamente labrados. Los bandidos le ataron con fuerza, le pusieron derecho y con los pies sujetos al banquillo más distante de la ventana y más próximo á la chimenea.

En cuanto terminaron esta operación, Thenardier cogió una silla y se sentó cerca y enfrente del señor Blanco; la fisonomía del bandido estaba transformada, pasando desde la violencia desenfadada hasta la apacibilidad tranquila y astuta. Mario no podía reconocer en la sonrisa de aquellos labios la boca bestial que momentos antes echaba espuma; veía estupefacto la metamorfosis fantástica y alarmante, y sentía lo que sentiría el hombre que viese un tigre convertirse en procurador.

—Caballero!... le dijo Thenardier, apartando con el gesto á los bandidos, que aun no habían soltado al señor Blanco.

—Apartaos un poco y dejadme hablar con este caballero.

Todos se replegaron hácia la puerta, y él continuó hablando de este modo:

—Caballero, hicisteis mal en intentar saltar por la ventana, porque hubierais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos á hablar tranquilamente. Me he fijado mucho en que no habeis lanzado el menor grito.

Thenardier tenía razón; este detalle era cierto, aunque Mario no lo había notado. El señor Blanco apenas pronunció algunas palabras sin levantar la voz y hasta luchando con los seis bandidos cerca de la ventana, guardando profundo y singular silencio.

Thenardier continuó;

—Os aseguro que no me hubiera parecido inconveniente que gritárais: ¡Ladrones! ladrones! asesinos!; lo hubiese encontrado muy natural; porque naturales que se alborote cuando nos vemos entre gentes que no nos inspiran suficiente confianza. Aunque hubiéseis obrado de ese modo no nos hubiéramos molestado, ni siquiera os hubiésemos puesto una mordaza. Voy á deciros por qué. Este cuarto es muy sordo, no tiene más cualidad buena que ésta. Es una caverna. Aunque aquí reventase una bomba, en el cuerpo de guardia más próximo el ruido que sintiesen no pasaría de ser como el ronquido de un borracho. Es un domicilio cómodo. Pero, en fin, no habeis gritado; tanto mejor. Os felicito, pues, y voy á deciros lo que deduzco de vuestro modo de obrar. Cuando se grita, puede acudir la policía y despues de la policía la justicia. No habeis gritado, porque sin duda os interesa tanto como á nosotros que no acuda la justicia ni la policía. Hace ya tiempo que teneis interés en ocultar algo; por nuestra parte hay el mismo interés, conque podemos entendernos.

Hablando de este modo parecía que Thenardier trataba de hundir sus pupilas hasta la conciencia de su prisionero; pero su lenguaje, sazonado con insolencia suave y socarrona, era reservado, casi escogido, y en el miserable que antes apareció el bandido se revelaba entonces el hombre que había estudiado en un seminario.

El obstinado silencio que había guardado el señor Blanco, la precaución que llegaba en él hasta olvidarse del cuidado de su vida, la resistencia que opuso al primer movimiento de la naturaleza, esto es, á gritar, desde que le observó y consignó Thenardier, importunaba á Mario y le asombraba, causándole sentimiento.

La fundada observación de Thenardier oscurecía más aun las misteriosas sombras que ocultaban á aquel hombre grave y extraño, al que Courfeyrac había apodado el señor Blanco. Fuese quien fuese dicho hombre, estaba atado y rodeado de verdugos, medio sumido en una sima que se abría bajo sus pies más y más á cada instante, y, sin embargo, permanecía impassible, lo mismo ante la cólera que ante la dulzura de Thenardier, y Mario admiraba en aquellos momentos aquella faz soberbiamente melancólica. Se conocía que era un hombre inaccesible al espanto y á la desesperación,

que era uno de esos hombres que dominan las situaciones desesperadas.

Thenardier se levantó, dirigiéndose á la chimenea; apartó el biombo, apoyándole en la cama inmediata, y descubrió la estufa atestada de brasas ardientes, para que el prisionero viese el escoplo hecho áscua blanca y moteado de estrellitas rojizas.

Luego el antiguo posadero volvió á sentarse en la silla, que puso frente al señor Blanco, y dijo:

—Continúo. Podemos entendernos y arreglar este asunto amistosamente. Hice mal en incomodarme, no sé dónde tenía la cabeza; fui demasiado lejos y dije mil simplezas. Como por ejemplo, porque sois millonario, exigiros muchísimo dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no sería razonable, porque si teneis la suerte de ser rico, también tendreis vuestras obligaciones, porque todo el mundo las tiene. No pretendo arruinaros; al fin y al cabo no soy desollador. No soy de los que se aprovechan de la ventaja de la posición para ser ridículos. Cederé algo y haré por mi parte este sacrificio. Necesito nada más doscientos mil francos.

El señor Blanco nada contestó. Thenardier siguió en el uso de la palabra:

—Ya estais viendo que pongo agua en el vino. Desconozco el estado de vuestra hacienda; pero sé que teneis poco apego al dinero, y vos, que sois hombre benéfico, bien podeis dar doscientos mil francos á un desgraciado padre de familia. Siendo, como sois, razonable, comprendereis que no me he tomado el trabajo de organizar este plan muy acabado, según la opinión de estos señores, para que solo me deis para echar un trago de vino tinto de á doce y para comerme un cabrito en el figon de Desnoyers. Doscientos mil francos vale mi proyecto. Os respondo que en cuanto saqueis del bolsillo dicha cantidad todo ha terminado ya entre nosotros y no teneis ya nada que temer. Me replicareis: "Yo no tengo aquí los doscientos mil francos." ¡Oh, no soy exagerado ni exijo semejante cosa! Tened la bondad de escribir lo que voy á dictaros.

Dicho esto, y marcando cada una de las palabras siguientes, dirigiendo la sonrisa hácia la estufa, Thenardier añadió:

—Os prevengo que no os admito la excusa de no saber escribir.

Podía envidiar la sonrisa del posadero un inquisidor general.

Thenardier acercó la mesa al señor Blanco, sacó tintero, pluma y papel del cajón, que dejó entreabierto para hacerle ver cómo relucía la ancha hoja de un cuchillo.

Puso el papel delante del señor Blanco y le dijo:

—Escribid.

—¿Cómo quereis que escriba estando atado? dijo el prisionero.

—Es cierto, perdonad, contestó Thenardier; teneis razon.

Volviéndose hácia Panchaud, alias Primavera, le dijo:

—Desatadle el brazo derecho.

El bandido ejecutó en seguida esta orden.

Despues Thenardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó al señor Blanco.

—Fijaos en que estais en nuestras manos, á nuestra discrecion; en que ningun poder humano puede sacaros de aquí y que nos afligiria vernos obligados á recurrir á extremos desagradables. Ni sé vuestro nombre ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguireis atado aquí hasta que vuelva la persona que yo encargue de entregar la carta que vais á escribir. Os la voy á dictar.

El señor Blanco tomó la pluma.

—“Hija mia...”, dijo Thenardier.

El prisionero se estremeció y se quedó mirando al falso Jondrette.

—Escribid: “Mi querida hija.”

El señor Blanco obedeció. Thenardier continuó dictando:

—“Ven al momento..., te necesito indispensablemente. La persona que te entregará esta carta está encargada de acompañarte adonde estoy yo.

“Te espero. Ven con confianza.”

El señor Blanco escribió todo lo dictado.

Thenardier añadió:

—Ah! borrad *ven con confianza*, porque eso haria suponer que esto no es natural y que es posible que desconfie.

El señor Blanco borró esas tres palabras.

—Ahora, prosiguió Thenardier, firmad... Cómo os llamais?

El prisionero dejó la pluma y preguntó:

—Para quién es esta carta?

—Bah! ya lo sabeis, respondió Thenardier; para la niña; acabo de deciroslo.

Evidentemente Thenardier evitaba nombrar á la jóven. Decia “la Alondra”, “la niña”, pero no pronunciaba su nombre. Era precaucion de hombre hábil guardar su secreto ante sus cómplices.

Decirles el nombre de la referida jóven hubiera sido entregarles todo el negocio y enseñarles más de lo que necesitaban saber.

—Firmad: cómo os llamais?

—Urbano Fabre, contestó el prisionero.

Thenardier se metió bruscamente la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo del señor Blanco. Buscó la marca y la acercó á la luz.

—U. F. Eso es, Urbano Fabre. Pues bien, firmad solo U. F.

El prisionero firmó así.

—Como se necesitan las dos manos para cerrar la carta, yo la cerraré; dádmela.

Así lo hizo Thenardier; despues añadió:

—Poned el sobre: A la señorita Fabre, en vuestra casa. Sé que no vivis lejos de aquí, en los alrededores de Santiago de Haut-Pas, puesto que vais todos los dias á misa á dicha iglesia, pero no sé en qué calle. Me alegro de que os hayais hecho cargo de vuestra situacion. Como no mentisteis al decir vuestro nombre, tampoco mentireis al poner las señas. Escribidlas vos mismo.

El señor Blanco quedó pensativo un momento; despues tomó la pluma y escribió:

—A la señorita Fabre, casa del señor Urbano Fabre, calle Saint-Dominique d' Enfer, núm. 17.

Thenardier se apoderó de la carta febrilmente convulso y llamó á su mujer. Esta se acercó.

—Aquí tienes esta carta, le dijo. Ya sabes lo que hay que hacer. Bajo encontrarás el coche. Marcha en seguida y vuelve con rapidez.

Thenardier se dirigió al hombre de la cuchilla y le dijo:

—Ya que te has quitado el tapabocas, acompaña á esta ciudadana. Sube en la trasera del coche. Ya sabes dónde he dejado la “carraca.”

—Ya lo sé, contestó el hombre, que dejó la cuchilla en un rincon y salió del desvan detrás de la Thenardier. Al salir, el antiguo posadero sacó la cabeza por la puerta entreabierta y gritó en el corredor:

—Cuidado con perder la carta, que vale doscientos mil francos.

—Descuida, la llevo en el pecho, respondió la ronca voz de su mujer.

Poco despues se oyó el chasquido de un látigo, que fué disminuyendo y se apagó con rapidez.

—Bien! exclamó Thenardier. Van á

buen paso. Como corran de ese modo, la ciudadana volverá antes de tres cuartos de hora.

Acercó la silla á la chimenea y se sentó, cruzando los brazos y apretando las botas enlodadas contra la estufa.

—Tengo frio en los piés, dijo.

En el desvan quedaban con Thenardier y con el señor Blanco cinco bandidos. Aquellos hombres tiznados, que parecian carboneros, negros ó demonios, estaban tristes y embotados; se conocia que ejecutaban el crimen como cualquier otro trabajo, tranquilos, sin cólera, sin piedad y con fastidio. Estaban en un rincon, amontonados como bestias y callando. Thenardier se calentaba los piés. El prisionero estaba ensimismado y taciturno. Sombria calma sucedió al extrépito que un rato antes sonaba en el desvan.

La vela, con largo pábilo, casi no alumbraba la inmensa madriguera; el fuego palidecia, y las cabezas monstruosas de los bandidos proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo. Solo se oia la tranquila respiracion del viejo borracho, que estaba durmiendo.

Mario esperaba con ansiedad cada vez más creciente, pero el enigma era más impenetrable que nunca. ¿La niña que Thenardier llamaba la Alondra era su Ursula? El prisionero no se conmovió cuando la llamó la Alondra y contestó con naturalidad:—No sé lo que quereis decir. Mario obtuvo la explicacion de las dos iniciales U. F., que significaban Urbano Fabre, y supo que su Ursula no se llamaba Ursula. Fascinacion horrible le retenia clavado en su sitio, en el que observaba, dominando toda la escena. Estaba allí casi incapaz de reflexion y de movimiento, como si le aniquilasen tan abominables cosas vistas de cerca. Esperaba cualquier incidente, sin poder coordinar sus ideas y sin saber qué partido tomar.

—Si la Alondra es ella, la veré, porque la mujer de Thenardier vá á acompañarla aquí, y entonces ya sé cómo he de obrar; perderé la vida si es preciso, pero la salvaré. Entonces ya nada me detendrá.

Pasó así media hora. Thenardier estaba absorbido en tenebrosa meditacion; el prisionero no se movia. Mario creia oír, sin embargo, y por intervalos, insignificante y sordo ruido al lado del señor Blanco.

De pronto Thenardier le dijo:

—Escuchad lo que voy á deciros, señor Fabre.

Pareciendo á Mario que iba á decir algo importante, se puso á oír atentamente.

Thenardier continuó:

—No os impacienteis, que mi mujer pronto estará de vuelta. Creo que la Alondra es verdaderamente vuestra hija y me parece muy natural que querais que viva en vuestra compañía. Con la carta mi mujer irá á buscarla, y para eso la hice vestir, como visteis, para que vuestra hija consienta sin dificultad en seguirla. Las dos subirán en el carruaje y mi camarada irá en la trasera. Fuera de las barreras dejé preparada una carraca con dos buenos caballos. Llevará allí á vuestra hija, se apeará del coche, mi camarada subirá con ella en la carraca y mi esposa se volverá aquí para deciros: “Ya está hecho.” A vuestra hija no se le hará ningun daño: la carraca la llevará á un sitio donde estará tranquila, y en seguida que me entregueis doscientos mil francos os devolveré á vuestra hija. Si me denunciáis y me prenden, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra. Hé aquí todo lo que puede suceder.

El señor Blanco callaba. Despues de una pausa, Thenardier prosiguió:

—El plan es muy sencillo. No os sucederá nada malo si no quereis que os suceda. Os entero de mis intenciones porque es conveniente que las sepais.

Calló Thenardier: el señor Blanco continuó guardando silencio. Luego el bandido añadió:

—Cuando mi esposa vuelva y me diga: “La Alondra está en nuestro poder,” os soltaremos y podreis ir á dormir á vuestra casa. Ya veis que no abrigamos malas intenciones.

Imágenes espantosas pasaron anublado el pensamiento de Mario. ¡No iban á llevar allí á la jóven que intentaban robar! ¡Uno de aquellos monstruos la arrebataria y la ocultaria Dios sabe dónde! Y la Alondra era ella!... ¡Claro es que era ella!... Mario sentia apagarse, paralizados, los latidos de su corazón. Qué haria? Disparar la pistola? ¿Entregar en manos de la justicia á todos aquellos miserables? Esta medida no ponía á la jóven fuera del alcance del hombre de la cuchilla, y Mario repetia estas frases de Thenardier, cuya sangrienta significacion era muy clara: *Si me denunciáis y me prenden, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra.*